

Poder y afectividad: paternidad en varones *mormones*

Isaac Ali Siles Bárcenas

Resumen

El presente artículo tiene como propósito plantear algunas reflexiones sobre las concepciones de varones-padres, miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia SUD), comúnmente conocidos como mormones, en torno a las relaciones que entablan con su pareja, hijos e hijas, particularmente, como relaciones de poder y afectivas. Se exploran los significados atribuidos por estos varones a su posición de poder sobre los diversos actores familiares, su posibilidad de ejercer sobre ellos una autoridad o influencia y/o ser influidos por ellos. Asimismo, se analiza el componente afectivo de estas relaciones, como un referente simbólico importante para la significación y el ejercicio de la actividad paterna. Todo ello a la luz de la normatividad religiosa provista por el credo mormón.

Palabras clave: Paternidad, relaciones de poder, relaciones afectivas, varones-padres mormones.

Abstract

This paper aims to present some reflections on the conceptions of male-parents, members of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints

(LDS Church), commonly known as Mormons, about their relationships with their partner and children, particularly regarding relationships of power and affection. It explores the meanings attributed by these males to their position of power over the various family actors, and their ability to exercise authority or influence over them, and/or being influenced by them. It also examines the affective component of these relationships, as a major symbolic reference to the significance and the exercise of parental activity. All this is done in the light of the religious normativity provided by the Mormon creed.

Keywords: Fatherhood, power relationships, affective relationships, Mormon males-parents.

RECEPCIÓN: 30 DE MARZO DE 2012/ACEPTACIÓN: 7 DE MAYO DE 2012.

Más allá de sus componentes biológicos, relacionados con la reproducción, la paternidad ha sido concebida, desde las ciencias sociales, como un fenómeno complejo de interacción humana. En términos muy amplios, la paternidad ha sido definida como una institución y una práctica de carácter social (Meler 2000), lo cual da cuenta de un rasgo fundamental para su estudio, el entenderla como constructo social más que como algo natural. Al mismo tiempo, la paternidad ha sido caracterizada como una posición y función que responde a aspectos culturales, sociales e incluso étnicos (De Keijzer 2000).

Benno de Keijzer (2000) señala que la trayectoria individual de los varones y su tránsito a lo largo del ciclo de vida van dotando a

la paternidad de especificidades en lo individual, que permiten distinguir entre distintas maneras de entenderla y ejercerla. El autor plantea que dicha multiplicidad nos señala la necesidad de pensar en paternidades (en plural) más que en un solo tipo de relación, predeterminada y universal. Así, dada la naturaleza dinámica de la paternidad, y la relación que el propio concepto guarda con los sujetos involucrados en ella, parece conveniente pensarla, además, como un proceso amplio y complejo, enmarcado en un sistema de múltiples relaciones (Lerner 1998), en las que participan actores diversos, y que se encuentran en constante configuración y resignificación, en tanto se hallan, como ya se señalaba, situadas histórica y socialmente (Salguero 2006 y 2011).

Estas relaciones implicadas en la paternidad son, en buena medida, de poder, en las que los varones participan desde posiciones privilegiadas, que su condición de hombres les confiere con base en la organización jerárquica de las relaciones entre los sexos. Si bien, ello puede considerarse ventajoso para los padres, no los exenta de confrontar situaciones y circunstancias que les resulten conflictivas, abrumadoras o no deseables en el ejercicio del poder, particularmente en un nivel emocional.

Por otro lado, las relaciones de pareja y paterno-filiales tienen un componente afectivo fundamental en su formulación y sostenimiento. Las relaciones entabladas con base en la afectividad dotan a los varones-padres de espacios y formas de convivencia que les resultan gratificantes, enriquecedoras y significativas. Son concebidas por ellos como una fuente de significado para su labor de

padres, dan lugar a momentos lúdicos en el ejercicio paterno y constituyen un incentivo para el desarrollo de formas de convivencia más armónicas e igualitarias. Así como con las relaciones de poder, las vivencias de los padres enmarcadas por este tipo de relaciones afectivas poseen una carga emocional muy significativa.

El presente artículo tiene como propósito plantear algunas reflexiones sobre las concepciones de varones-padres miembros practicantes de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia SUD), comúnmente conocidos como *mormones* –o Santos de los Últimos Días (SUD), como ellos mismos se identifican– habitantes de la zona metropolitana de la Ciudad de México, en torno a estas dos dimensiones de las relaciones entabladas por ellos.

“Nuestro mensaje es sobresaliente, aunque sencillo...”, es lo primero que puede leerse al visitar la sección ‘Creencias’ en la página web mormon.org, un sitio informativo auspiciado por la Iglesia SUD, dirigido a personas interesadas en el mormonismo. La frase se completa con la siguiente afirmación: “Dios es nuestro padre y nosotros somos Sus hijos. Él nos ama, pues somos parte de Su familia, y desea que volvamos y vivamos con Él”. Esta cita es elocuente respecto al papel central que juega la idea de familia, con la figura de Dios como padre, en el mensaje mormón, su ideología y propuesta de vida. Los mormones se ven a sí mismos como cristianos, como lo evidencia su autonombramiento como Santos, un apelativo que retoman del Nuevo Testamento bíblico, donde se utiliza para designar a los primeros cristianos. Afirman creer en Dios –a quien, a menudo, se refieren como Nuestro Padre Celestial– como

padre y creador de la humanidad, y en Jesucristo como el salvador del mundo.

La idea de un plan divino, por medio del cual las familias pueden regresar a vivir con Dios eternamente después de esta vida, es central en el mensaje doctrinal del mormonismo. El hecho de que los varones contraigan matrimonio, formen familias y presidan “con rectitud” sobre ellas es, a su vez, un elemento fundamental del modelo familiar que la realización ideal de este plan requiere. De ahí la centralidad que adquieren el modelo de masculinidad delineado por su imagen de Cristo (un hombre justo, recto, obediente, humilde y misericordioso) y la figura paterna apoyada en dicha construcción masculina.

El artículo ofrece algunas consideraciones de orden metodológico, para luego dar paso al análisis de los testimonios recabados, en dos apartados destinados a la discusión de las dimensiones de poder y afectividad en las relaciones paterno-filiales.

Consideraciones metodológicas

A partir del enfoque teórico esbozado en la introducción a este artículo, el cual atribuye una alta importancia a los varones-padres a nivel individual, como agentes cuyas acciones conforman las estructuras relacionales en las que se ubican, y con la potencialidad de resignificarlas y modificarlas, se juzga trascendental indagar sobre sus concepciones y representaciones individuales sobre la paternidad. Las reflexiones en torno a las dimensiones de las relaciones

familiares y paterno-filiales hasta aquí enunciadas, que conforman el presente artículo, hacen parte de una investigación más extensa, en la cual se pretende dilucidar cómo perciben estos varones su posición como padres, y analizar la relación que esas significaciones hechas por los varones-padres guardan con sus prácticas concretas en el ejercicio efectivo de su paternidad.

Al tratarse de un esfuerzo de investigación enfocado en un grupo religioso específico (varones-padres SUD) se busca considerar la normatividad oficial que dicho grupo suscribe, así como su visión doctrinal, como referentes para las concepciones de paternidad que se presentan individualmente. Así, a lo largo del artículo, se mencionan algunas de las líneas generales de la normatividad mormona respecto a la masculinidad y la paternidad, con el fin de contrastar los ideales normativos SUD, con los valores, principios y referentes normativos a los que aluden los varones entrevistados como aquellos que dotan de sentido y dirección su práctica paterna.

Para recabar la información se recurrió a la realización de entrevistas semi-estructuradas con varones-padres mormones. De éstas se realizaron ocho, entre agosto de 2011 y enero de 2012, con varones-padres miembros de la Iglesia SUD, habitantes de la delegación Azcapotzalco, en el Distrito Federal, y de los municipios de Tlalnepantla y Cuautitlán Izcalli, en el Estado de México; ubicados al noroeste de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Se realizó una primera entrevista con un informante clave, mientras que los demás contactos con los entrevistados se realizaron a través del método de muestreo por “bola de nieve”. Los criterios

que guiaron dicho proceso de muestreo consistían, además, en localizar a varones adultos (de entre 35 y 45 años de edad), casados y con al menos un hijo.

“Reprendiendo en el momento justo...”

Padres mormones y poder

De acuerdo con la propuesta de Connell (2003) para el análisis de la estructura de género y, más puntualmente, de los hombres ubicados en ella, el poder es una dimensión fundamental de las relaciones, en tanto eje que articula las posiciones de subordinación de los varones, ya sea sobre las mujeres u otros varones.

En un esquema patriarcal, las relaciones que los padres entablan con su pareja la madre, están permeadas por esta lógica de poder y derivan, sin duda, en la citada subordinación de mujeres respecto a hombres, de madres respecto a padres. En ese mismo esquema de organización familiar, la figura del padre ha sido asociada históricamente con un ejercicio autoritario y vertical del poder. Por su parte, estudios sobre paternidad han dado cuenta de cambios en ese modelo, más autoritario, hacia formas de relación en las que el poder se distribuye y ejerce de forma un tanto más horizontal entre varones-padres y mujeres-madres (Schmukler 1989, Leñero en De Keijzer 2000, Tena y Jiménez 2006).

Desde la perspectiva doctrinal SUD, los varones mormones cuentan con el poder del *sacerdocio*, del que dimana su autoridad como rectores eclesiásticos y cabezas de familia. Para recibir esta autori-

dad, en cualquiera de sus niveles u “oficios”, los varones deben ser entrevistados por la autoridad que preside sobre ellos, con el fin de evaluar si son “varones dignos” de recibirlo. La dignidad se determina con base en la observancia por parte del varón de los códigos de conducta establecidos por la Iglesia para sus miembros. Los varones deben mostrar una convicción razonable de la veracidad de la Iglesia, y una aceptación general de los principios de doctrina y de las creencias reivindicadas por ella. Deben además observar varias normas de conducta, especialmente aquellas que prohíben la ingesta de alcohol, tabaco y drogas perjudiciales, así como las relaciones sexuales pre-maritales y extra-maritales, y que alientan un comportamiento proclive a la castidad. Los mormones observan la ley del diezmo, por lo que es importante que los varones poseedores del sacerdocio estén comprometidos a pagarlo (el diez por ciento de su ingreso) mensualmente.

Asimismo, este poder del sacerdocio que faculta a un varón para presidir sobre su familia no es ilimitado y, sobre todo, no es inalienable. La propia doctrina señala que:

Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino *por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre, y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro*, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia; reprendiendo en el momento justo, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te

considere su enemigo; para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte (Doctrina y Convenios, sección 121: 41-44; cursivas agregadas).

Así, la fuente última de poder, en el ejercicio de la autoridad paterna, debe residir en el desarrollo de los atributos resaltados en la cita anterior. Sin embargo, la interpretación que algunos de los varones entrevistados hacen del principio religioso, da lugar a un modelo de paternidad similar al que De Keijzer (2000) llama *machista-leninista*; es decir, varones que en el discurso asumen una posición más igualitaria, pero que despliegan una práctica de género más atrasada para con su pareja. Así, algunos de estos padres, quienes en el discurso asumen una serie de compromisos de igualdad, en el ejercicio efectivo de su actividad paterna, parecen adoptar actitudes menos igualitarias que no necesariamente corresponden con su discurso de igualdad. Esto es así, en buena medida, debido a que el referente simbólico de su tradición religiosa sigue colocándolos en la parte más alta de la jerarquía familiar.

Dada la naturaleza de las relaciones familiares y paterno-filiales, así como las posiciones en las que se encuentra cada uno de quienes participan en ellas, parece pertinente observar y analizar esta dimensión de poder de la figura paterna en dos niveles: el de las relaciones que el padre entabla con su pareja —la madre—, y el de aquellas que lo vinculan a sus hijos e hijas.

“Yo creo que el ser padre tiene ciertas ventajas ante ser madre”. Padres mormones frente a su pareja

La normatividad religiosa mormona señala claramente que, en la organización jerárquica de la familia, padre y madre se encuentran por encima de los hijos, y son responsables de transmitirles los principios normativos prescritos por la doctrina y las normas eclesiásticas. Al mismo tiempo, el liderazgo conjunto de padre y madre está presidido por el varón, mientras que la madre ocupa un papel complementario en la dirección del hogar. Lo anterior coloca al padre en la posición más alta de la jerarquía familiar, toda vez que se le llama a presidir sobre ella.

La interpretación que los padres SUD hacen de este llamamiento tiene varios matices, pero en la mayoría de los casos asumen esa posición de última instancia de autoridad en la familia; la cual está apuntalada simbólicamente por referentes doctrinales, que otorgan a los varones-padres el papel de líderes principales:

...porque se nos da esa responsabilidad, finalmente, de dirigir el hogar. O sea, bíblicamente, religiosamente, pues Adán tenía que guiar a Eva y al final decide compartir responsabilidad con ella para estar con ella, y es por eso que cometen el pecado “original” famosamente llamado, pero no es al revés, no es una cuestión de que... o sea, a lo que voy es que, finalmente, sí hay una línea, una línea de liderazgo que recae en el varón. Y la responsabilidad primaria yo creo que es esa, la

responsabilidad de padre, de director, de padre-director (Edgar, 40 años, tres hijas de 10, 6 y 3 años).

Una hermana claramente lo dijo: pues es que es un *peleadero*... que ahora las esposas quieren, pues quieren *¿cómo dijo?* pues pelear con el esposo el liderazgo de la casa, la jerarquía de la casa, quieren estar al mismo nivel. Y no es que sean sumisas, ni nada, siento que los roles tienen que estar muy bien marcados, muy bien marcados... Cuando sí funciona eso, es bien fácil, cuando no, es muy difícil (Andrés, 45 años, 2 hijos de 18 y 11 años).

Por otro lado, la noción de corresponsabilidad entre padre y madre está presente en la manera en que los varones viven el ejercicio del poder en sus hogares. La descripción que hacen de las formas de actuar de su pareja, sugiere que el ejercicio del poder al interior de las familias SUD está permeado por la idea de que la labor materna es tan importante como la paterna, y que, en esa medida, lo que las madres tienen que decir respecto a ciertas decisiones tiene un peso y una relevancia específicos, en una lógica de complementariedad:

Yo creo, así lo vivo yo con mi familia, que aquí, con la iglesia a la que pertenezco, sí se comparten responsabilidades. No es, más bien, que el hombre dirige y manda como un capataz y la mamá tiene que obedecer y decir: "sí, sí, sí", sino que sí se comparten las responsabilidades (Edgar, 40 años, tres hijas de 10, 6 y 3 años).

Creo que los roles están muy bien definidos, para que el hogar pueda llamarse así, o la familia pueda llamarse así. Sí, definitivamente hay diferencias (entre el padre y la madre), diferencias hermosas y necesarias para poderse complementar (Gerardo, 43 años, tres hijas de 20,18 y 13 años).

En la medida en que su labor como madre es relevante para cumplir con la responsabilidad última del padre de presidir sobre la familia, la madre tiene poder para ejercer influencia sobre la actividad paterna del varón, cuando considera que éste no está atendiendo sus deberes con toda la diligencia que requieren, o no lo está haciendo de la mejor manera posible:

...hablando de lo que pasa en casa con mi esposa, mantene-mos como buena comunicación. A veces ya no es una plática, es una exigencia de ella hacia mí, porque pues ella es la que me pone las cartas sobre la mesa. Difícilmente yo le voy a decir: “la niña tiene un problemón ¿por qué no lo detectas?”; pero ella siempre va a ser como ese semáforo: “sabes qué: está en amarillo, está en rojo, está en verde, podemos hacer esto, ¿hacemos esto?” Casi siempre así es la forma en la que nuestra familia funciona ¿no? ella me pone el indicador y yo soy el que lo ejecuta, así es como funciona (Ignacio, 35 años, una hija de 2 años).

Una ocasión donde mi hija no me quería obedecer ¿no? Y entonces yo, malamente, le dije a su mamá: “este, oye, mírala, no quiere hacer esto” y mi esposa me regañó, me dijo: “oye, pues arréglalo tú ¿no? o sea, tú eres el papá y tú tienes que decirle: a ver, hija...” Y entonces yo me di cuenta y dije: tiene razón mi esposa, y lo apliqué ¿no? Entonces, “a ver, cómo no, tienes que hacer esto” y lo hice ¿no? y lo aprendí de mi esposa (José, 43 años, dos hijas de 12 y 10 años).

Si bien la normatividad institucional SUD afirma que la provisión material de la familia es la responsabilidad fundamental del padre, muchas de las parejas de estos padres participan también en labores productivas, lo cual les concede cierto poder de influencia y de negociación frente a su autoridad principal. No obstante, ello no necesariamente integra a los varones a las labores de cuidado de los hijos con un nivel de participación similar al de las madres. De manera más o menos unánime, los padres hablan de la necesidad de que las labores del hogar sean compartidas por padre y madre, al tiempo que reconocen que en la práctica les es difícil alcanzar una repartición equitativa del trabajo doméstico. Ello es así, consideran, debido a que su situación de proveedores los obliga a mantener horarios que los ausentan del hogar por largos periodos, o que los hacen volver extenuados a éste. Sin embargo, lo mismo no se menciona como una limitante válida para que sus parejas desatendan las labores del hogar, a pesar de que varias de ellas también trabajan fuera de él.

De hecho, existe un reconocimiento por parte de algunos de los padres, de que su propia posición como tal ofrece ciertas ventajas al varón, cuando éste decide nadar con la corriente y evadir algunas responsabilidades en el hogar. Como lo expresa Edgar, la idea de que las labores principales del padre son la provisión material y la dirección del hogar —con la distancia entre el padre y los demás miembros de la familia que esto pueda llegar a representar— parecen remitir a una idea machista de ejercicio del poder, al tiempo que pueden servir fácilmente como coartada para que algunos padres desatiendan estas responsabilidades:

...no me quiero justificar, porque teniendo esta plática con cualquier persona que no sea de la iglesia a la que yo pertenezco, de mis mismas creencias, esa persona a lo mejor podría decir: “ay, éste es un macho, como todos los padres machos de cualquier religión que existe”, ¿no? Porque sí es muy cómodo decir: “como papá estamos separados para poder dirigir”. Entonces suena como a “¡ay, yo me deslindo —un poco— me lavo las manos para no involucrarme...!”, en las tareas domésticas inclusive (Edgar, 40 años, tres hijas de 10, 6 y 3 años).

Este modo de pensar es, además, ilustrativo de la manera en la que los varones-padres SUD interactúan con nociones distintas a la normatividad mormona (tales como aquellas que legitiman la ausencia del padre en las actividades del hogar, por ejemplo) y son capaces de cuestionarlas a la luz de su formación religiosa, o la propia valo-

ración de su circunstancia como padres; o incluso establecer relaciones de complicidad con ellas, con el fin de obtener los dividendos que pudieran ofrecerles:

...en la manera en que somos educados aquí en México, o sea, el padre sale, tiene que buscar el sustento, regresa a casa por la tarde y esa es una ventaja que uno tiene, porque la madre, como hemos sido educados, es la que se queda con los niños y la mayor parte de la educación el niño o la niña la recibe por parte de la madre; el padre solamente llega a reforzar lo que ha enseñado la mamá. Pero en la actualidad, es así como yo lo noto, hay como cierta molestia, cierto enojo, de: “ah, pues es que tú estás todo el tiempo afuera y tú no ves lo que está pasando en casa”. Entonces, siento yo que sí hay ciertas ventajas, que no deberían ser, pero ya como que están en nuestro colectivo, todo el mundo piensa eso y es así como son las cosas. Pero bueno también al menos yo siento que soy un papá responsable, o un esposo responsable, trato de que esas tareas sean compartidas aunque siento que todavía estoy muy por debajo de las expectativas de mi esposa, de mi pareja (Ignacio, 35 años, una hija de 5 años).

Al mismo tiempo, como lo ilustra la cita anterior, existe la advertencia por parte de algunos padres de que sus parejas cuestionan dicho orden jerárquico que las coloca en desventaja, por lo que deben ser conscientes de los costos que el sostenerlo puede llegar a

tener para su estabilidad como jefes de familia y la valoración que sus parejas e hijos hacen de su labor como tales.

“A veces, sí abusan mis hijas”. Bidireccionalidad de poder en las relaciones paterno-filiales

Por otro lado, los padres SUD son conscientes del poder —y la responsabilidad aparejada a éste— que tienen sobre sus hijas e hijos, quienes pertenecen a generaciones más jóvenes y dependen de ellos en casi todos los sentidos. Más allá del aspecto simbólico de la figura de Dios Padre, la doctrina mormona enseña que el modelo de familia con un padre a la cabeza es una semejanza de la organización jerárquica de la familia humana, sobre la cual Dios —el Padre Celestial, como lo identifican los mormones— preside.

... como padre Santo de los Últimos Días mi responsabilidad es ser lo más semejante a Nuestro Padre Celestial, porque tengo que cuidar a su hijo, es una responsabilidad tremenda el hecho que mi Padre Celestial me permita a mí tener experiencias de ser padre para que yo le enseñe de tal manera a mi hermano menor que él también tiene que, en algún momento, tomar el papel de Dios... y no porque sea un dios o sea perfecto, sino en el sentido de que tiene que cuidar a un hijo (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

De este modo, su autoridad como padres terrenales tiene un origen divino, y en ese sentido debe ser valorada y respetada, no sólo por

los hijos y las hijas, sino también por las madres y los propios padres, quienes deben actuar con “rectitud”, recordando que son representantes de Dios ante sus hijas e hijos:

(Ser padre) significa la oportunidad de ser parte del plan de Dios para poder procurar el bienestar de todos los seres humanos ¿no? En este caso, estoy convencido de que, al ser padre, Dios me ha dado, digamos, su confianza, ¿no?, para poder pues ayudarle, ¿no?, a seguir poblando el mundo, y pues cuidar en este caso del ser que Él me confió como mi hijo, mi hija, mis hijas, hijas en este caso, eso es lo que significa para mí. (...) La responsabilidad primaria yo creo que es esa: la responsabilidad de padre, de director, de padre-director; no de padre-cuate, como las últimas tendencias de la moda social ¿no?, que “soy tu amigo” o “no soy tu papá, soy tu amigo”. No creo en eso, creo que el papá es papá, y esa imagen es una imagen designada por Dios que requiere respeto. Eso no implica que el papá está muy alejado de los hijos y que no puede haber vínculos, claro que los hay, los debe haber, pero siempre creo que conservando esa mentalidad de que es su responsabilidad divina (Edgar, 40 años, tres hijas de 10, 6 y 3 años).

De la misma manera en que Dios espera que ellos sean obedientes a su voluntad, los padres SUD esperan obediencia de sus hijas e hijos. Esta expectativa descansa en una creencia de que el conocimiento que ellos tienen como padres posee un grado más alto de

refinamiento que el de sus hijas e hijos pudieran tener, no sólo con base en su mayor experiencia, sino porque sus amonestaciones hacia los hijos invariablemente tienen, a su juicio, la finalidad de procurar su bienestar:

...(es difícil) que no puedan comprender que como papá lo que dices o haces, incluso sería para dar la vida, si es necesario, por tus hijos. Pero cuando ellos piensan que es por molestar, que es “porque me hostigan”, que es “porque no me dejas”, es doloroso porque sí dan ganas de decir: es que no te lo digo para molestar, yo ya lo viví. Es más, yo ya sé lo que va a pasar, ya sé que dentro de 10 minutos te vas a caer y vas a sufrir enormemente, te vas a dar de topes y no lo quieres ver, no lo quieres entender. O te compré esto porque es mejor para ti, pero bueno no es lo que tú querías y eso a lo mejor te hace sufrir (Gerardo, 43 años, tres hijas de 20, 18 y 13 años).

Los padres SUD parecen haber incorporado de manera muy clara la noción de que la obediencia es un valor sumamente importante, por lo que transmitirlo a los hijos se vuelve fundamental. El hecho de que la autoridad paterna sea contravenida, puede ser una fuente importante de desazón para los padres. Sin embargo, existe un reconocimiento de la agencia de cada individuo, hijas e hijos en este caso, para obrar conforme a su propia decisión, lo cual sugiere un constante conflicto para los padres que esperan que los hijos

actúen como sus propios agentes, pero que su decisión sea la de atender el requerimiento de los padres:

...a veces quiero que mi hija me obedezca y no me obedece, entonces, ahí me pongo un poquito triste y digo: hígole, a lo mejor algo no he hecho bien, no la he educado bien ¿sí? Me gustaría que me obedeciera. Yo se lo he dicho a mi hija: todo lo que voy a hacer por ti es para tu bien, cada consejo, pero también les he dicho: *mija*, tú vas a tomar tu decisión (José, 43 años, dos hijas de 12 y 10 años).

...a mí me duele mucho cuando alguna de mis hijas desobedece, y de verdad que pienso que Dios también siente feo cuando sus hijos desobedecemos ¿no? ... Pero finalmente, al final de la vida, cualquier hijo va a tener su albedrío, en algún momento de su vida, y tendrá que decidir sus propios actos (Edgar, 40 años, tres hijas de 10, 6 y 3 años).

Si bien algunos padres consideran legítimo que los hijos tomen sus propias decisiones, también juzgan necesario transmitirles que dichas decisiones no están libres de consecuencia, como un mecanismo para lograr que actúen conforme lo que ellos consideran es mejor para cada hija o hijo:

...el objetivo de esto es que ellos puedan tener los fundamentos necesarios para tomar una decisión ¿sí? Yo no quiero que

ellos hagan lo que yo hice, yo no quiero que ellos hagan lo que yo les digo que hagan, lo que quiero es darles esos valores y principios, para que una vez que ellos los tengan, y al momento de decidir, recuerden que su decisión tiene un valor, que puede ser cobrado en ese momento o que después les van a pasar la factura (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

En este sentido, algunos padres consideran legítimo recurrir a una lógica de incentivos para lograr que las hijas e hijos adopten actitudes o realicen actividades que demandan de ellos. Así, es posible entender que los padres castiguen a los hijos cuando consideran que sus acciones no son apropiadas, o les premien cuando consideran que el proceder de los hijos es correcto:

Ya sabes, ahorita a los chavos lo que más les duele es la tecnología: el celular, el iPod, la televisión, todo ese tipo de cosas son lo que más limitan. Y luego, obviamente, están en la edad de que los jovencitos quieren echar relajo con los cuates, amigos y compañeros de la escuela. Entonces, al limitarles los permisos, de que "¡hoy quiero ir a una fiesta!". "¿Ah sí, quieres ir a una fiesta? Entonces haz tu tarea, tu escuela, tu trabajo aquí en la casa; tus trastes, tu cama, tu cuarto. Entonces, si tú has cumplido con eso, pues ahí vas llenando los puntos, entonces... esto es un cien por ciento, y si no estás al cien por ciento ¿yo cómo puedo darte un permiso o cómo podemos

canjear ese permiso si tú no estás dando nada?” (Héctor, 42 años, tres hijas de 17, 15 y 5 años).

Asimismo, los padres reconocen que los hijos también tienen la capacidad de ejercer una influencia en ellos, y de lograr que los padres realicen ciertas acciones o tomen ciertas decisiones. Esta lógica se ve alimentada por el esquema de premios y castigos, pues cuando los hijos cumplen con la parte de los acuerdos —propuestos por los padres— que les corresponde, se sienten con derecho a acceder al “premio” ofrecido. De otra parte, los padres también observan que los hijos cuentan con otro tipo de mecanismos para ejercer presión e influir en la conducta de los padres, y que suelen apelar a las emociones de éstos, a hacerles sentir culpa o irritarles con peticiones excesivas. Para José, la experiencia con una de sus hijas ha transcurrido en esos términos, como él lo explica:

Bueno, la hija más chiquita todo quiere que le compre. O sea, yo me he dado cuenta, si vamos aquí a Satélite, quiere helado, quiere globos, quiere paletas, quiere comer, quiere todo... quiere pizzas ¡quiere todo! La más grande no tanto; la chiquita... ya estuviera pobre si le compro todo lo que quiere. A veces le he dicho: no, esto no. Me ha pasado que me ha hecho berrinche; por ejemplo, la otra vez compramos un papalote, dijimos “ps, un papalote para todos” (imita la voz de un niño llorando). “¡No, yo quiero un papalote! ¡Papá, cómprame un papalote!”. “¡Yo por qué no...!”, y entonces yo dije: “hájole,

qué mala onda”. Costaba como 300 pesos cada papalote y dije “ino, son 600 pesos, no, no, no! con un papalote”. “No es que yo quiero el mío”, “yo lo quería de otra figurita”, y que no sé qué. Bueno, terminé por comprarlo iy ahí tengo 2 papalotes arrumbados! (José, 44 años, dos hijas de 12 y 10 años).

Por otro lado, algunos padres también señalan que la sensación que registran es la de que al ceder en ocasiones, y no ser suficientemente estrictos, su autoridad se debilita y sus hijos e hijas adquieren mayor poder, en una especie de juego de suma cero. De igual forma, consideran que su posición como autoridad es vulnerada por ellos mismos, al ser en exceso transigentes, o intentar relacionarse con sus hijos de maneras no tan autoritarias, más abiertas o flexibles:

No me gusta cuando mis hijas me contestan; me contestan así, casi, casi me sacan el pecho y me contestan. Eso no me gusta como padre, me entristece, pero creo que también he tenido la culpa, he tenido la culpa, porque mi esposa me dice: “te agarran de bajada, cuando dices que no debe de ser no, pero tú a veces dices no y cuando ves ya dijiste sí” (José, 43 años, dos hijas de 12 y 10 años).

...pienso que es consecuencia de, en ocasiones, ser flexibles, o no ser tan estrictos o rígidos en los castigos que se les puede hacer. E incluso, hemos tenido también ejemplos de ellas (sus

hijas), de que nos han dicho: “pues no pasa nada ¿no? yo sé que al rato vuelve a ser la cosa normal; para qué hago esto si yo sé que al rato te lloro o le lloro a mi mamá, o te doy tus besos o le doy los besos a mi mamá y obtengo lo que quiero; o hago berrinche y obtengo lo que quiero”, ese tipo de acciones... y de ellas son de quien vienen (Leonel, 40 años, dos hijas de 8 y 6 años).

No obstante, algunos de ellos también hacen una valoración positiva de la toma de consciencia de los hijos e hijas de su individualidad, y de sus necesidades, al considerarlo un aporte de ellos mismos a su desarrollo como personas, uno de los objetivos de la labor paterna que consideran fundamentales:

...afortunadamente tuve ese deseo, por lo mismo que te digo de la espontaneidad de sus comentarios que llega a haber ¿no? que pueden ser crudos, pero sí recuerdo un ejemplo muy particular para con mi esposa, que a ella le tocó sufrirlo, que ella quería imponerles un castigo del cual ellas no estaban de acuerdo y terminaron diciéndole: “de todos modos se hace lo que queremos”, casi, casi. Y para mi esposa pues fue así como un *shock* muy enorme ¿no? Para mí fue una sensación medio cruzada, porque pues lástima por la reflexión pero qué bueno porque lo exponen, y qué bueno porque... pues es la realidad (Leonel, 40 años, dos hijas de 8 y 6 años).

“Y si se te pone rebelde, dos, tres nalgadas...”.

Lo abyecto en la práctica de padres SUD

La posición de poder que el padre posee frente a hijas e hijos, incluso únicamente en virtud de su mayor edad y fuerza física, es un factor latente de desigualdad en las interacciones entre ambos actores. Como se mencionó antes, las paternidades han transitado de formas profundamente autoritarias de ejercicio de poder, hacia maneras un tanto más igualitarias y respetuosas de los derechos de mujeres, niñas y niños. En la mayoría de los casos, existe una conciencia en los padres mormones de lo importante que resulta ejercer la autoridad paterna de manera respetuosa y mesurada. Al mismo tiempo, la doctrina y normatividad mormonas constituyen un notable referente simbólico respecto a la importancia de evitar los abusos en el ejercicio de la autoridad, puesto que la jerarquía eclesiástica ha señalado que dichas acciones poseen una trascendencia negativa para quienes incurren en ellas, y lo han hecho en los siguientes términos: “Advertimos a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios” (Iglesia SUD 1995).

No obstante, aún son verificables una serie de actitudes consideradas como poco deseables, relacionadas con un ejercicio de poder autoritario, e incluso violento, en el relato que los varones mormones entrevistados hacen de su práctica paterna, en momentos específicos de su actuación como padres. Si bien, como señala Connell en su argumentación sobre el carácter hegemónico de las relaciones

entre las masculinidades, “la principal característica de la hegemonía es el éxito de su reclamo a la autoridad, más que la violencia directa”, también es importante su aclaración en el sentido de que “la violencia a menudo apuntala o sostiene a la autoridad” (2003: 117). De esta suerte, el ejercicio violento de la paternidad a menudo “apuntala” también un ejercicio autoritario de la misma.

En la mayoría de los casos, los episodios de violencia verbal o física, en los que los varones, padres mormones, se ven involucrados, están relacionados de manera estrecha con situaciones con un importante contenido emocional. Es decir, las experiencias narradas por los padres, en las que consideran incurrir en un ejercicio violento del poder, suelen estar directamente asociadas con sensaciones de enojo, frustración o impaciencia. En algunos de los casos, se menciona que dichas emociones se generan, incluso, fuera del espacio doméstico, y que la inhabilidad de los propios padres para procesarlas contribuye a que se presenten eventos violentos en el desarrollo de las actividades paternales:

...cuando tus situaciones familiares o de trabajo no las puedes... sacarlas de ti, y al escuchar a tu hijo que perdió la chamarra, en vez de preguntarle por qué y cómo, te vas a las nalgadas y a los gritos y a regañarlo. Pero eso es por la incapacidad de no dejar lo que te agobiaba a ti como trabajador, no lo puedes dejar allá y llegas con eso a la casa y es que perdí la chamarra, pero no escuchas. Entonces esa es una situación difícil como padre, en el momento en el que tú no puedes

separar las cosas que son de trabajo y dejarlas allá y convertirte en el padre; quieres ser un padre con el problema que tenías en el trabajo. Entonces, eso se convierte en algo complicado (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

El autoritarismo y la agresividad son percibidos por los padres mormones como parte del modelo de masculinidad tradicional predominante en la sociedad mexicana. Estos sugieren que, si bien la normatividad SUD ha sido un referente importante para evitar incurrir en este tipo de prácticas abyectas, la influencia de un modelo tal de masculinidad sí ha permeado su labor como padres. Incluso, suele estar asociado con una especie de esencia masculina, que hace a los hombres proclives a la agresión, el enojo y el despliegue de la fuerza:

Yo creo que, de alguna manera, uno responde a ciertos impulsos. Nuevamente, regresamos a la parte biológica, y te voy a comentar una de las situaciones en las que hemos recurrido a eso: estás haciendo alguna actividad que es importante para ti y de repente tu hijo, que está en el patio, patea la pelota y rompe el vidrio de la ventana. Entonces, nuevamente, el adulto no piensa en que el niño se estaba divirtiendo; el adulto piensa: “ya tengo que pagar otro vidrio, ya tengo que pagar otra pelota”, y corre a ver si no se lastimó el niño y hay que llevarlo al hospital o alguna cosa de esas, es lo que viene a la cabeza del adulto, irracionalmente. Y lo digo irracional por-

que, de alguna manera, es el impulso del hombre, llamémosle del animal, llegar y lastimar o de alguna manera sacar la frustración que uno tiene, decirle “¿por qué hiciste eso?” y viene la nalgada (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

Creo que golpes nunca se ameritan; lo he hecho, pero nunca se ameritan. No se aprende, no se enseña con golpes, no se enseña con gritos. Repito, lo he hecho, y lo digo con pena porque sí lo he hecho, pero me he dado cuenta que eso no edifica, no ayuda, las cosas empeoran cuando eso pasa, e inclusive viene mayor rebeldía a eso. Creo que sí, la manera adecuada es hablando. Creo que sería maravilloso poder controlar siempre el enojo, y creo que no hay necesidad de enojarse, pero te repito: yo me enojo. Si pudiera no enojarme, o controlarme, para mí sería maravilloso. Si pudiera yo pedirle a Dios un talento, le pediría el talento de mi esposa, la capacidad de negociación que ella tiene, ella puede hablar con sus hijas, tocar su corazón, a arrepentirse y a desear ser mejor, y a mí me cuesta mucho, naturalmente (Gerardo, 43 años, tres hijas de 20, 18 y 13 años).

Lo anterior es así, en una buena medida, también debido a que su propia experiencia como hijos mantuvo a los varones-padres expuestos a formas de masculinidad más cercanas a dicho modelo tradicional que genera en ellos una especie de efecto dual. Por un lado, se presenta una cierta inercia en el ejercicio paterno que los

impulsa a reproducir las formas de ejercicio de autoridad a las que ellos fueron sujetos. Por otra parte, estos varones se encuentran en un ejercicio de valoración constante de dicho esquema y así mismo deciden resistirlo e intentar transformarlo en pos de formas menos agresivas o autoritarias en la práctica de su paternidad, muchas veces con resultados positivos.

...siempre tienes, así, como las guías “ah, pues mi padre me enseñó esto, mi madre era así y yo creo que es así”; entonces, como que le vas mediando. Porque pues también no puedes ser tan autoritario, tienes que ayudarles a hacerlo pero sin que ellas lo vean como que es impuesto por el dictador... A veces te exasperas tanto que elevas la voz y te das cuenta que te estás convirtiendo en el padre que nunca quisiste, que tú tuviste, y dices: me estoy pareciendo cada vez más a él cuando no es la idea. Entonces, siempre estás luchando con esos paradigmas, siempre te estás cuestionando: “¿qué estoy haciendo bien?” (Ignacio, 35 años, una hija de 5 años).

...muchas veces uno puede decir: yo no quiero ser igual que mi padre, pero muchos, y ese es el reto, pueden decir: yo quiero ser igual que él es, desde todo, desde cómo le hablas a tu esposa, a ellos, cómo arreglas un conflicto entre hermanos, desde cómo arreglas una situación personal con cada uno de ellos. Todo eso debe de trascender y que ellos lo vean de tal manera que digan: “híjole, mi papá era tan paciente que me

escuchaba primero antes de decirme algo”. Y es lo que yo pretendo hacer, cambiar el hecho de cómo era con mi padre para poder ser de una mejor manera para con ellos (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

Aun cuando la mayoría de los entrevistados consideran que las actitudes violentas, como recurrir a un discurso y un tono agresivos o a los golpes, no son la vía más adecuada para gestionar y solventar los conflictos, algunos padres parecen legitimar cierto nivel de agresividad o violencia verbal o física, en función de la necesidad de guardar la disciplina o concitar la obediencia en sus hijas e hijos. La mayoría de los episodios de este tipo son descritos por los padres como menores, como lo hace Sergio: “...tal vez hemos recurrido, en alguna ocasión, a la nalgada. Con esto no quiero decir que son niños golpeados, pero creo yo que hay momentos en los que debes tener una forma de ser, en tu carácter, para que el niño sepa que si vuelve a ocurrir algo así va a tener una respuesta de esa manera” (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años). En algunos casos, se les considera una medida de carácter drástico pero también eficaz y necesario. Ello puede estar vinculado con cierto nivel de naturalización de la violencia masculina, mediante el cual algunas actitudes violentas no son percibidas como tales:

Creo que para mí no ha sido complicado (ser padre), fíjate. Han sido unos piquitos ahí difíciles ¿no? algunas cositas ¿no? Por ejemplo, cuando eran mis hijas más chiquitas ¿no? que

—Lávate los dientes. —Ahorita. —¡Lávate los dientes! —Ahorita.” Y el ahorita nunca llega. Eh, le tuve que dar un *chanclazo* a mi hija y, este..., soy papá que no le gusta pegar ni amenazar, pero sí le he llegado a dar una que otra nalgada a mis hijas y santo remedio (José, 43 años, dos hijas de 12 y 10 años).

—*Algunos conflictos o situaciones desagradables i ameritan, por ejemplo, ponerse más violento, digamos, agresivo a la hora de hablar, levantar la voz, soltar un golpe?*

—Pues sí, a veces yo creo que sí es necesario. Bien dicen que una buena nalgada soluciona muchos problemas a des-tiempo ¿no? Entonces, yo creo que sí. O sea, *okey*, le explicas, y haces y dices ¿no? y bueno “¿sabes qué? yo te expliqué, yo te dije y tú no obedeces”. Entonces, yo creo que ya dependiendo el grado de falta entonces, yo creo que tal vez, puede ser, pues sí, el levantar la voz, el ponerse ya en otro tono ¿no? Igual pues un buen *cinturonazo*, pues es lo que a veces amerita, y a veces como que nos duele (Héctor, 42 años, tres hijas de 17, 15 y 5 años).

Si bien las expresiones autoritarias o violentas de poder son asociadas por los padres con situaciones límite, en las que la disciplina o el orden que ellos juzgan necesario está siendo cuestionado o se encuentra en riesgo, en algunas ocasiones, los varones pueden incurrir en decisiones cuya lógica es más cercana, simplemente, al

razonamiento de “porque soy tu padre”. Es decir, en algunos casos, las preferencias del padre son consideradas como válidas en función del razonamiento hecho por el propio padre, sin necesidad de considerar la visión de los hijos o las hijas respecto al asunto en disputa:

Pasamos al barcito, afortunadamente no había nada de gente, porque era temporada baja, y había un piano, entonces le dije a mi hija, fuimos con unos amigos, y le dije a mi hija: “tócate una piececita de piano, tú sabes... mira, ahí está el piano, tócate una pieza. —¡Ay, no, yo no quiero!” Le digo: “¿ya ves, m’ija? Te pido que toques una pieza, pero tú sí quieres ir al concierto, ¿verdad? Por eso no vamos a ir”. Le digo, “yo te pido que toques una pieza porque sabes tocarla, porque ahí está el piano, porque para mí es bonito como papá, para que tú practiques lo que ya aprendiste en la escuela, y mira, para eso quiero ahorita que toques el piano, no te estoy diciendo que toques dos horas, toca una piececita, la que quieras, ni siquiera yo te la estoy poniendo, una que tú quieras, pues estamos disfrutando, una piececita y *tan-tan*”. Y ese día, le dije a mi hija: “*okay*, no la toques, ‘tá bien, no quieres tocarla, no la toques ¡pero entonces tampoco hay boletos! O sea, tú sí quieres irte al concierto, y los boletos, y tus tenis, pero yo te pido una piececita y no la tocas, pues no hay boletos”, ¿no? (José, 42 años, dos hijas de 12 y 10 años).

La narración anterior es ilustrativa en este sentido. El padre considera que su petición es válida con base en su propia apreciación de los hechos: se trata de una ocasión propicia para que la niña despliegue sus habilidades y ayude a amenizar el momento de esparcimiento del padre y las demás personas presentes. Sin embargo, parece no considerar la visión de la hija, quien podría no desear tocar el piano por sentirse apenada al hacerlo en público, temerosa de poder equivocarse y ser avergonzada frente a personas desconocidas, etcétera. Sin embargo, al hacer una lectura del hecho como una falta de reciprocidad en la relación entre padre e hija (“tú sí quieres irte al concierto, y los boletos, y tus tenis, pero yo te pido una piececita y no la tocas”), el primero decide que la circunstancia es un elemento válido más para imponer como castigo a la segunda no acceder al bien que desea: asistir a un concierto. Al final, si bien la hija puede recurrir a una serie de acciones o recursos para intentar modificar la decisión del padre, él tiene la capacidad de decidir, en última instancia y en función de su posición desigual frente a la hija, si ésta asistirá efectivamente al concierto o no.

Al mismo tiempo, algunos padres sí refieren la necesidad de considerar la visión de hijos e hijas, como una muestra de empatía o condescendencia. Reconocen, entonces, que la visión y las preferencias del padre interfieren en su decisión de lo que es mejor para sus hijas e hijos y que, en ocasiones, eso pueda llevar a ser impositivo con ellos:

...en ocasiones yo, reflexionando, pienso que también son prejuicios de uno, o tiene que ver con ideas de uno. Hay muchos detalles que, por ejemplo, a mis hijas, como a todos los niños, les gusta andar sin zapatos adentro de la casa, y es una cultura que yo no tengo. Entonces, ese tipo de detalles, de que no me obedezcan para que se protejan los pies, aun estando dentro de la casa, es algo que me ha costado trabajo. Yo las trato de entender, de que es agradable, porque pues a mí también me gusta estar descalzo, pero en ciertos momentos, y a ellas, pues, no pueden diferenciar eso. Entonces, pues en todo momento les gusta estar descalzas, y ese tipo... de no poderlas orientar o no mantenerles su orientación en todo momento, pues finalmente está reflejando algo de lo que yo traigo. Yo en todo momento ando con mis huaraches o con mis chanclas y con ellas no puedo, o sea, yo sé que sí tienen esa necesidad de sentir el pie sobre la superficie, la temperatura de la superficie y las texturas de la superficie, que es algo que a lo mejor yo ya no me permito disfrutar y, lamentablemente, pues a ellas es a las que arrastro a tener ese mismo patrón que yo tengo ahorita (Leonel, 40 años, dos hijas de 8 y 6 años).

—...tienes que estar repitiendo, repitiendo, repitiendo, para que cuando ella ya lo domine pues es un peldaño más, y un peldaño más, y es así como, pues mientras ella se va convirtiendo en nuestra hija ideal, nosotros también vamos siendo los padres ejemplares para ella ¿no? Aunque no es nada fácil.

—*¿Qué es lo que lo hace difícil en tu caso o desde tu perspectiva?*

—Que tú eres un adulto y ella es un niño, y su mundo es diferente al nuestro. Entonces, yo no quiero que ella se eleve a mi nivel, yo me tengo que bajar a ese nivel y explicarle para que ella lo entienda, entonces, esa es la dificultad (Ignacio, 35 años, una hija de 5 años).

“Viviréis juntos en amor..” Afectividad en las relaciones entabladas por varones-padres mormones

Por otro lado, resulta pertinente atender al señalamiento de Seidler, en el sentido de no plantear a la masculinidad —en sus múltiples dimensiones, entre ellas, la paternidad— exclusivamente como una relación de poder y

explorar las tensiones existentes entre los hombres y las masculinidades dominantes. Además de entender la importancia de poner al descubierto las relaciones de poder y violencia, y las formas en que se expresan tanto local como globalmente [advierte] también necesitamos ser capaces de presentar nuevas formas de intimidad y amor como parte de un proceso de transformación de las masculinidades (2006: 85).

Las relaciones familiares y paterno-filiales poseen un ingrediente afectivo que es central en la significación que los varones SUD hacen de las mismas, y de las interacciones que tienen lugar como

parte de ellas. En la visión doctrinal mormona, el “amor”, entendido como una “profunda devoción y afecto” (Iglesia SUD 1993: 13) hacia la pareja, hijos e hijas, es el motor que debe impulsar la vida en familia y regir la práctica paterna. La normatividad SUD incorpora con claridad esta dimensión afectiva, como lo ilustra la declaración de las autoridades eclesiásticas mormonas, en el sentido de que “el esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos” (Iglesia SUD 1995).

El amor a Dios, a su pareja, y a sus hijos e hijas, así como el que reciben de estas tres entidades, es central para la concepción de los varones mormones de su condición de padres; dota de sentido su actividad como tales, les permite encontrar una gratificación en ella y articula el significado de ser esposo y padre. Aun cuando los padres señalan que el amor para con su pareja e hijos está presente en sus relaciones con ellos, algunos de ellos consideran que este afecto toma formas particulares, que suelen ser distintas a las de sus parejas mujeres, convirtiendo el ámbito afectivo en un terreno más para la configuración y expresión de la masculinidad.

Por otro lado, al permitir que las relaciones familiares y paternofiliales estén permeadas por el afecto, se da lugar a espacios de convivencia que resultan edificantes, placenteros y divertidos para los padres. Así, la paternidad es una experiencia en la trayectoria vital de los varones SUD que les aporta en un sentido emocional y que, si bien está compuesta por episodios de conflicto y desazón, puede brindarles momentos de placer, alegría y satisfacción.

**“Bueno, primero amo a Dios...” El amor doctrinal
como fuente de significación de la paternidad**

Como se mencionaba anteriormente, el referente simbólico más importante del “amor verdadero” es el del propio Dios quien, movido por ese amor, ha diseñado un plan para que su familia, la familia humana, pueda alcanzar la felicidad en esta vida y aún después de ella (Iglesia SUD 2009: 9-12). Creer que Dios es un padre amoroso, preocupado por el bienestar individual de cada uno de sus hijos —todos los seres humanos— es uno de los elementos centrales de la fe mormona. El amor de Dios es percibido a través de los dones con los que “bendice” a sus hijas e hijos, entre los cuales se encuentra el conocimiento de su “naturaleza” o su origen “divino” y, por supuesto, la posibilidad de ser padre.

Puesto que el amor del Padre Celestial —como se refieren los mormones al Dios de la tradición judeocristiana— precede a cada uno de los mandamientos que da a Sus hijos, la obediencia a Su voluntad es, a su vez, una muestra del amor y la confianza hacia Él. Así, cuando el Padre Celestial delega su responsabilidad paterna en hombres para que lo representen frente a Sus hijos, en el ámbito más inmediato de la familia, los varones pueden sentirse amados por Él e investidos con su confianza. Del mismo modo, la experiencia paterna es percibida por algunos padres mormones como una representación de la paternidad de Dios sobre ellos mismos. En palabras de Sergio, padre de dos hijos, se trata de

una representación del amor que Dios tiene para ti, y te deja sentir algo de lo que Él siente por ti. Para mí es esa sensación: así como yo estoy tomando ahorita a mi bebé, Dios tiene ese mismo sentimiento por mí, y poder sentir en ese momento esa función de ser padre y de tener entre las manos algo tan delicado como es el cuerpo de un bebé (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

Así, el padre amoroso, que actúa en función de ese profundo afecto, es similar a Dios y se encuentra en la ruta correcta hacia la salvación. El Nuevo Testamento bíblico señala que el amor por Dios se demuestra, además, siendo obediente a sus mandamientos (*La Biblia*, Juan 14:15). Ello resulta un referente simbólico importante para los padres, al referir que la falta de obediencia de sus hijos produce en ellos sensaciones de tristeza y desaliento.

“La cosa es vivir en pareja... una familia empieza con los padres”. Paternidad y matrimonio

La paternidad es concebida, de forma ideal, por los varones-padres SUD como resultante de la relación de pareja, fundada en el afecto de los cónyuges e institucionalizada a través del matrimonio. En este sentido, el afecto entre la pareja es también un elemento importante de la vida familiar. Como ya se mencionó, el matrimonio es considerado como un momento necesario en la vida de todo varón y toda mujer, y tiene, por tanto, un sello de naturalidad. Al mismo tiempo, el matrimonio posee también la carga simbólica de

la afectividad, como fuente de significado y legitimación. Uno de los padres expresa con claridad esta visión, compartida por muchos varones mormones, al hacer un recuento de lo que motivó su decisión de contraer matrimonio: “nos casamos sin ninguna, cómo se podría llamar... no había ninguna presión, no había nada. Nos casamos por querer, por amor, porque decíamos: ‘¿sabes qué?, ya es hora’” (Andrés, 45 años, 2 hijos de 18 y 11 años).

La normatividad eclesiástica SUD señala que: “La familia es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa” (Iglesia SUD 1995). Los varones-padres entrevistados señalan que, en efecto, el amor hacia su esposa es central en la manera en la que ellos, y aquellos alrededor suyo (su propia pareja, hijas e hijos) conciben su posición y su desempeño como padres. Este afecto es, pues, un ingrediente central de las relaciones familiares, y un incentivo para actuar de acuerdo con sus principios y valores, tanto eclesiásticos como personales:

También tienes que evaluarte si eres buen marido, buen esposo o buena pareja, porque los hijos eso también lo notan; si te llevas bien con tu mujer, si eres cariñoso, amoroso; si la relación como de noviazgo que tuviste en su tiempo la sigues viviendo, o sigue estando ahí, a flor de piel. Yo creo que ese es un punto en el cual marca de que, pues, estás haciendo bien

las cosas ¿no? porque tus hijos, a fin de cuentas, igual, van a tratar de imitarte, a fin de cuentas. Entonces, bien dicen que los hijos son el espejo de uno ¿no? el reflejo de uno, entonces, si tú ves que ellos son amorosos, cariñosos o respetuosos con las demás personas es porque lo viven en casa ¿no? o lo ven en casa (Héctor, 42 años, tres hijas de 17, 15 y 5 años).

“Si no tuviera hijos ¿quién me va a abrazar y a llorar conmigo?” Afectividad en las relaciones paterno-filiales

En el documento *La Familia. Una proclamación para el mundo*, al referirse a la paternidad como una bendición, la jerarquía eclesiástica SUD cita parte del texto bíblico según el cual: “He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre. Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos” (*La Biblia*. Salmos 127: 3-5). Esta visión poética de la paternidad parece haber hallado eco en la subjetividad de varios de los varones-padres entrevistados, para quienes la convivencia con sus hijas e hijos no es, únicamente, una responsabilidad notable, sino una actividad gratificante y significativa.

Algo que yo disfruto mucho es poder convivir o sentir el afecto de mis hijas. Muchas veces, yo lo pienso así, es más fácil para los hijos admirar, aceptar y querer a la mamá, y creo que yo, por estar fuera todo el día, por ser más descuidado, más insensible en algunos puntos, no siento ese mismo apego de

mis hijas hacia mí. Pero de pronto cuando tienen un gesto y dicen: es que papá, admiro de ti esto, o respeto de ti esto; y me doy cuenta que reconocen ciertas virtudes, o cualidades o talentos que yo tengo, eso me llena muchísimo, porque quizá son puntos que a veces no espero, o que creo que ellas no están viendo en mí... me gusta estar con mi familia, salir en la bicicleta, al cine, a donde sea. Me gusta verlas sonreír, me gusta verlas dormir. Admiro a mi familia, a mi esposa, a mis hijas, a veces creo que son demasiado grandes para mí, las admiro mucho, esos son algunos de los aspectos que más me gustan, verlas convivir, verlas siendo buenas hermanas (Gerardo, 43 años, tres hijas de 20, 18 y 13 años).

Al analizar las narraciones de las experiencias que los padres SUD entrevistados evocan como gratificantes, es claro que la paternidad es un espacio con una alta carga emocional tanto para ellos, como para sus hijos. Los padres reconocen que, como se ha señalado anteriormente, las emociones que experimentan pueden ser negativas en muchas ocasiones. Sin embargo, reconocen que su paternidad les brinda también oportunidades para experimentar sensaciones y emociones placenteras:

Pues son detalles de mis hijas, son detalles de mi esposa, son pláticas que llegamos a tener, son acuerdos que llegamos a tener los cuatro, porque somos cuatro de familia. Y ese tipo de pláticas, diálogos, comentarios, chistes si quieres, propuestas

o anécdotas que alguien llega a comentar, pues es algo que supongo no te lo puede dar otro tipo de relaciones que no fuesen dentro de la familia. Sí hay malos momentos pero afortunadamente uno valora más, o rescata más, esos buenos detalles. Uno de ellos fue el de ahora: el logro que mi hija tuvo al exponer su felicidad por tener, o ser parte de una familia, por ser parte de nosotros, y eso pues es algo que no lo esperaba yo, y que lo sentí muy honesto... Yo me siento a gusto, me siento feliz por ella. No sé si decir satisfecho, porque implica que te limitas; disfruto el momento, disfruto la sensación, todo lo que conlleva, todo lo que trae atrás y lo que genera en mí. Y lo que genera en mí pues es esa felicidad, ese gusto, ese deseo y ese respeto por el sentimiento que se ha generado para ella (Leonel, 40 años, dos hijas de 8 y 6 años).

La mayoría de estos padres manifiesta valorar altamente el afecto de sus hijas e hijos, por lo que las expresiones del mismo que reciben de ellos son un elemento simbólico que, de manera importante, dota de significado su vivencia como padres. La paternidad es, en muchos sentidos, una actividad trascendente para los varones SUD entrevistados.

...llegan (las hijas) a la cama a despertarte y a jalarte las orejas y todo eso, yo creo que es lo que más disfruto, el sentir el cariño de tus hijos pequeñitos, que se acercan y te dicen sinceramente: “te quiero, papá”, o “ah, qué bonito que ya llegas-

te”. O cuando llegas del trabajo, y apenas vas abriendo la puerta y vienen corriendo a abrazarte, para decirte, o darte la bienvenida. Yo creo que son los momentos que más disfrutas, y que te das cuenta que estás haciendo tu labor como padre (Héctor, 42 años, tres hijas de 17, 15 y 5 años).

Esa película, ese día, yo me acuerdo que me dio un sentimiento bonito, que empecé a llorar. Y abracé a mi hija, y me vio llorar mi hija y ella empezó a llorar, y yo lloré con ella. Y yo le dije: “m’ija, esto es lo que yo quiero que tú sientas; que conozcas a tu marido, que seas feliz, ¡que disfrutes la vida! Y quiero decirte, m’ija, que te quiero mucho, que para eso trabajo, para eso nos sacrificamos, y eres mi hija, eres un pedacito de mí”. Y entonces lloró, me abraza mi hija y me da un beso, y me dice: “te quiero mucho, papá”. Cuando yo oigo esas palabras, que me las dice mi hija, ahí es cuando digo: “¡aaay, este es, creo yo, el propósito de la vida!” Si no tuviera hijos ¿quién me va a abrazar y a llorar conmigo? (José, 42 años, dos hijas de 12 y 10 años).

Transmitir afecto a sus hijas e hijos, y recibirlo de ellos, brinda a los padres una sensación de trascendencia en su actuar como tales, convirtiéndose en una fuente importante de gratificación, así como de potencial frustración y desencanto cuando el afecto no fluye conforme a las expectativas de padres e hijos, u otros actores involucrados en el proceso. De la misma forma, en varios de los

padres entrevistados, existe una conciencia de que la naturaleza afectiva de tales relaciones es dinámica, y que el afecto se va construyendo, alimentando y modificando con la vivencia y las experiencias.

“Si no tuviera a mis hijos, ¡qué aburrida sería la vida!”

La dimensión lúdica de la paternidad

Un aspecto importante de la dimensión afectiva de la paternidad entre varones SUD, es el relacionado con los elementos que les permiten observar una dimensión “lúdica” (Figuerola 2003) de su vivencia como padres. Además de la gratificación de sentirse queridos y valorados por sus hijos e hijas, los padres relatan experiencias en las que la paternidad aparece como una actividad divertida, que les ofrece una serie de momentos y espacios para lo lúdico.

Las oportunidades para el entretenimiento de los padres pueden presentarse de manera directa, en la propia convivencia con hijos e hijas, como lo señala Gerardo: “Ser padre me ayuda a ser creativo y eso me parece ser divertido, a imaginar, a ver cómo puedo hacer más o mejor. Es muy divertido ver a mis hijas bromear, convivir, llevarse bien; además de bonito es divertido” (Gerardo, 43 años, 20, 18 y 13 años). Asimismo, ello puede ocurrir en formas un tanto más indirectas, como ocurre con las ocasiones para socializar y convivir con otros individuos en situaciones derivadas de su posición como padres:

Muchas de las satisfacciones que yo he recibido como papá me las han dado ahora mis hijas; por ejemplo, mis hijas empezaron a practicar basquetbol: —“Papá, hay un partido de basquetbol. —¿Dónde va a ser? —Pues, en tal parte”. Bueno, las llevamos, fuimos con otros papás a llevar a nuestros hijos a jugar basquetbol con otro equipo. Y ahí estábamos los papás, echando porras, ¿no? “¡Échale m’ija! ¡bien, bien!” Hicimos amistad con los papás, nosotros, llegamos a hacer bonitas amistades con los papás. ¿Por qué? Porque ahora mis hijas me jalan a mí en sus actividades que ellas tienen. Y me han llevado mis hijas a que conozca a otras personas, que no hubiera conocido si no hubiera tenido hijos. Y buenos amigos, buenas personas, buenas amistades que hemos hecho. Y entonces, ahora digo: ahora mis hijas me están dando a mí; en vez de darles yo, ellas me están dando, me han dado entretenimiento (José, 42 años, dos hijas de 12 y 10 años).

Al considerar los elementos lúdicos de su quehacer como padres, algunos de los varones aluden también a un elemento generacional. Los padres pertenecen a una generación adulta, para la cual existe una serie de referentes sociales en torno a momentos, espacios y actividades para la diversión como adulto. Por su parte, los hijos en edades infantiles (la mayoría de los entrevistados son padres de niños y niñas), disfrutaban de otra serie de actividades y momentos lúdicos. La convivencia de los padres con sus hijos en edades infantiles es percibida por los primeros como una experiencia que les

permite conectar con su propia vivencia infantil, la cual sienten ya lejana:

Finalmente, uno como adulto, al darle más valor a una chamarra que se les perdió que a un momento de diversión, que se fueron a jugar fútbol y que se le perdió la chamarra en el patio..., uno piensa en la chamarra, claro, pero ¿por qué no piensas en el momento que él la pasó feliz jugando fútbol? Pero bueno, ya son involucrar cosas de adulto que tú comienzas a meter, y a romper el esquema de la felicidad del niño (Sergio, 44 años, dos hijos de 11 y 8 años).

—*Hay quienes han dicho que ser padre les resulta divertido ¿a ti te ha resultado divertido?*

—Sí, es una experiencia. Y sobre todo que el hecho de ser padre justifica hacer locuras, como el hecho de hacer caras con ella. Yo no me imagino un adulto, a mi edad, haciendo caras en el carro, pero cuando vas con tu hija puedes hacerlo, puedes cantar, gritar, reír, darte maromas en el pasto y lo justifica porque estás con tus hijos, entonces sí se te permite. Sobre todo yo, que soy una persona muy inquieta, puedo hacer cosas que a mi esposa le avergüenzan, pero a mi hija le divierten, entonces eso me da cierta permisividad, abre puertas, es una experiencia padrísima por ese lado (Ignacio, 35 años, una hija de 5 años).

“No estoy diciendo que por eso yo pueda equiparar el amor, muy distinto, de mamá al de papá”. Consideraciones de género en torno a la afectividad de los padres

Si bien, para la mayoría de los padres SUD, la afectividad es un elemento importante de su labor como padre, es también un terreno que, por su “naturaleza” masculina, les es menos familiar. En general, los varones-padres entrevistados comparten la idea de que los hombres poseen cualidades más cercanas a la fuerza y la racionalidad, en contraste con las mujeres, más cercanas a lo emotivo, y más proclives a ser sensibles y empáticas:

—Creo que hay una naturaleza normal definitiva, entre hombre y mujer. Entonces, partiendo de ahí, creo que esa diferencia implica la situación de ser madre como la persona que es noble, que es sensible, que es comprensiva, que es amor abiertamente. Y ser padre significa ser ejemplo, ser firmeza, ser protección. Creo que los roles están muy bien definidos para que el hogar pueda llamarse así, o la familia pueda llamarse así. Sí, definitivamente hay diferencias, diferencias hermosas y necesarias para poderse complementar.

—Hablabas, por ejemplo, de las madres siendo más amorosas y los padres siendo, en contraposición... ¿cómo?

—No, quizás equivocó la respuesta. Si no más amorosas, yo creo que el amor es semejante, o puede ser muy igual, yo creo que apunta más hacia esa diferencia que te comentaba, en cuanto a es más fácil para la mujer... ser más... o demos-

trar el amor, no ser más amorosa, que para el papá. O sea, para el papá, como hombre, tú tienes menos romanticismo, tienes menos detalles, creo que por naturaleza. La mujer no olvida un cumpleaños, no olvida una fecha importante, los hombres, en general, yo me imagino que debe haber hombres que son muy detallistas, pero en general, no es tan fácil demostrar el amor que puede sentir también y puede ser muy grande (Gerardo, 43 años, tres hijas de 20, 18 y 13 años).

El hecho de que la normatividad religiosa enfatice como responsabilidad fundamental de los varones “el proveer y proteger a su familia”, y de la madre “criar” a los hijos, parece interactuar de manera poco conflictiva con nociones seculares respecto a la “naturaleza” de los sexos, basadas en consideraciones de tipo biologicista/esencialista, según las cuales, los elementos biológicos y fisiológicos de la constitución masculina y femenina están vinculados de forma estrecha con características emocionales y psicológicas atribuibles a los individuos, primordialmente, en función de su sexo.

En este sentido, los varones parecen suscribir la creencia de que la participación de las mujeres en el proceso de gestación de hijas e hijos les ayuda a conectar con más facilidad con su emoción y a desarrollar un vínculo afectivo por ellos, lo cual las hace más sensibles a sus problemas y necesidades. Al mismo tiempo, en su mayoría parecen descartar —de manera implícita— la posibilidad de que los padres desarrollen un vínculo similar, al asociar dicha posibilidad únicamente con el elemento biológico:

Híjole, es que la diferencia que puede, yo creo que, a ver, es que las madres pueden amar más a sus hijos ya que ellas los procrearon, ¿no? Y, realmente, ellas llevan a sus hijos en el vientre. Y siento que, realmente, es más doloroso para una madre perder, o tener malos resultados de sus hijos como madre, que como padre. Yo creo que también como padre se siente uno decepcionado, o te apachurra el ver que tu hijo no obedece o eso ¿no? (Héctor, 42 años, tres hijas de 17, 15 y 5 años).

El rollo de ser madre, pues, tiene esta cuestión de que ellas tienen dentro de su cuerpo al bebé que están engendrando ¿no? Y, por lo tanto, creo que por más que un papá le piense y quiera sentir, pues la mamá tiene digamos una, o sea, no sé si es una ventaja o una desventaja ¿no? El hecho de tener adentro de ellas un bebé. Y por lo tanto siento que las mamás..., no hablo tal vez en mi caso, pero hablo de muchos casos que incluso se ven en la televisión y este rollo, donde las mamás son mamás toda la vida, y los papás puede que no. Por eso, yo creo que es muy común que haya matrimonios donde el papá se desaparece y ya no cumple sus responsabilidades, cuando llega a haber algún problema, de algún divorcio o alguna separación, por x o y circunstancias. Como que para el papá le es mucho más fácil desprenderse que para la mamá; le echa un poquito la culpa a esa situación del engendrar, ¿no? Como no engendramos a nuestros hijos, siento que no es desprender-

nos de ese vínculo, de ese afecto ¿no? Yo creo que esa es la gran diferencia (Edgar, 40 años, tres hijas de 10, 6 y 3 años).

Por otro lado, algunos padres intuyen que la relación con hijos varones puede ser diferente a la entablada con hijas mujeres, a pesar de que ninguno de ellos ha vivido la experiencia (todos los entrevistados, excepto uno, tienen más de un hijo o hija, pero todos o todas de un mismo sexo). Ello es ilustrativo de las nociones previas que los individuos poseen, incluso antes de convertirse en padres, respecto a las relaciones entre los sexos, y de las actividades que consideran más propicias para individuos de uno u otro sexo y, en particular, de la dimensión afectiva de las mismas:

... más por las funciones: la madre, educación, atención; y el padre pues en el caso de que sean hijos... siento que, a lo mejor, cambiaría si fueran hijas: el modelo a seguir sería la madre, la guía a lo mejor, el que nunca se salgan de su senda o meta. El padre, si tuviera hijas, a lo mejor a mí me tocaría la parte más fácil, porque dicen que las hijas son muy cariñosas con los papás. A lo mejor a mí me tocaría apapacharlas por los regaños de la mamá: ya te quedó mal esto, o hiciste mal esto. Siento que cambian mucho los roles entre la mamá y el papá, cambian mucho, cuando son hijas o hijos, y es en base a las funciones, pienso (Andrés, 45 años, 2 hijos de 18 y 11 años).

Para concluir este apartado, vale la pena considerar cómo lo anterior puede resultar conflictivo en un nivel emocional para los propios padres, e incluso para hijas e hijos. La rigidez con la que suele interpretarse la naturaleza de las relaciones con hijos-varones *versus* la de las relaciones con hijas-mujeres puede dar lugar a frustraciones o confrontaciones entre ambas partes.

...bueno, hablo de impaciencia porque si vamos de compras, antes eran muñecas y juegos de té, cuando eran niñas, pues para mí eso es aburrido. Ahora es ropa, cosas de niñas, detalles de mujeres y sigue siendo aburrido para mí, y eso es cansado. Juegos, en ocasiones inclusive las he lastimado, lloran, y ya me regaña mi esposa porque, sencillamente, a veces no mido, o sea, yo creo que estoy siendo suave, pero soy hombre, y no sé, siempre los hombres juegan duro, juegan recio, sudan, no sé, hay mucha diferencia. Las niñas son otra cosa, ellas están en el piano, en la computadora, no sudan, no huelen feo, o sea, es completamente diferente. Y yo, es algo que me ha costado trabajo... ¿Cómo será la palabra?, congeniar, entender, porque, a veces, he sufrido, yo soy el que sufre, porque a veces las lastimo y lloran, porque me pasé de fuerza. Pero después me hace sufrir eso, pensar que no soy comprensivo, que no mido que son niñas... sufro mucho cuando las hago sufrir, cuando por mi causa ellas lloran, cuando por mi causa ellas no se sienten atendidas, cuando olvido algo que es importante para ellas (Gerardo, 43 años, tres hijas de 20, 18 y 13 años).

Consideraciones finales

Hasta este punto, se ha buscado argumentar que la paternidad puede ser analizada a partir de las relaciones que supone, mediante las cuales los varones-padres interactúan con su pareja, hijos e hijas, y que esas relaciones se establecen, simultáneamente, en términos de poder y de afectividad. Los varones-padres se encuentran en una posición de poder más ventajosa que la de la madre, en virtud de una estructura familiar generizada, pero cuyas dinámicas ofrecen espacios para la resistencia y el equilibrio de poder. Lo mismo es cierto para las relaciones paterno-filiales, las cuales también son un espacio en que el ejercicio del poder circula en dos direcciones. Al mismo tiempo, el afecto funciona como un elemento subjetivo que nivela de manera simbólica a los actores, en tanto que el “amor” entre los miembros de la familia puede fluir en diversas direcciones, y orientar las prácticas de los varones-padres, y de cada uno de los miembros de la familia.

La normatividad mormona en torno a la paternidad es clara en dos sentidos: el padre debe ser la autoridad presidente en el hogar, y debe ejercer esta autoridad con base en el amor que siente por su familia. Este discurso normativo es recibido por los varones-padres SUD, y resignificado a nivel individual, de manera tal que las valoraciones en torno a cómo hacer compatibles estos dos principios pueden variar de unos padres a otros. Mientras que, por ejemplo, todos ellos condenan, en algún nivel, el uso de la fuerza física o de la violencia verbal en el ejercicio de la paternidad, algunos de

ellos lo legitiman en ciertos momentos con base en su eficacia, como último recurso en situaciones extremas, mientras que otros lo atribuyen a la incorporación de su parte de un modelo de masculinidad dominante, asociado con la fuerza y la violencia como atributos inherentemente masculinos, por medio de su experiencia como hijos o miembros de una sociedad como la mexicana.

Por su parte, el elemento afectivo, tan presente en la normatividad religiosa del credo que los padres practican, funciona como un referente simbólico que les permite, hasta cierto punto, buscar que la actividad paterna sea una experiencia principalmente significativa, gratificante e incluso divertida, no sólo para ellos sino para sus hijas e hijos.

Bibliografía

- CONNELL, R. W. "La organización social de la masculinidad", en *Masculinidades*. México, UNAM-PUEG, 2003.
- DE KEIJZER, Benno. "Paternidades y transición de género", en Norma FULLER (ed.). *Paternidades en América Latina*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- FIGUEROA, Juan G. "El miedo a la soledad en el ejercicio de la paternidad: una reflexión personal", ponencia presentada en *VII Jornadas de historia de las mujeres*, Salta, 2003.
- IGLESIA SUD. *Guía para el estudio de las Escrituras*. Salt Lake City, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1993.

- . *La familia. Una proclamación para el mundo*. Salt Lake City, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1995, disponible en <http://www.lds.org/family/proclamation?lang=spa>.
- . *Principios del Evangelio*. Salt Lake City, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 2009.
- LA BIBLIA, versión Reina-Valera. Nashville, Thomas Nelson Publishers, 1960.
- LERNER, Susana. “Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación”, en Susana LERNER (ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México, El Colegio de México/SOMEDE, 1998.
- MELER, Irene. “Los padres”, en Mabel BURIN e Irene MELER. *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires, Paidós, 2000.
- SALGUERO, Alejandra. “Significado y vivencia de la paternidad en algunos varones de los sectores socioeconómicos medios en la Ciudad de México”, en Juan G. FIGUEROA, Lucero JIMÉNEZ y Olivia TENA (coords.). *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. México, El Colegio de México, 2006.
- . “Dificultades, inconformidades y quejas de algunos hombres sobre su paternidad”, ponencia presentada en el V Congreso Nacional de la AMEGH: *Movimientos, huellas y nuevos pasos de las masculinidades*, Puebla, 2011.
- SCHMUKER, Beatriz. “Negociaciones de género y estrategias femeninas en familias populares”, *Revista Paraguaya de Sociología*, núm. 74, vol. 26, Asunción, 1989.

SEIDLER, Victor. *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*. Barcelona, Editorial Montesinos, 2006.

TENA, Olivia y Paula JIMÉNEZ. “Estrategias para mantener el modelo de masculinidad en padres-esposos desempleados”, *Revista de estudios de género La ventana*, núm. 24, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2006, pp. 440-462.